

VI

SUPERACIÓN DE LA BARBARIE

La barbarie que se había extendido sobre toda Europa, provocada por las invasiones o, más exactamente, por el decaimiento de la civilización antigua, en cada uno de los pueblos alcanzó su punto más bajo en distintos tiempos. Mientras en Francia, Inglaterra y Alemania el ascenso empezaba ya en el siglo VIII, aunque lentamente e interrumpido por altibajos, Italia y Roma no tocaron el fondo de la barbarie hasta el siglo X.

Italia, tan vitalmente vinculada al Mediterráneo, fue el país más duramente afectado por los cambios políticos y económicos ocurridos en este espacio geográfico. Situada antes en el centro del mundo, en la encrucijada de las civilizaciones, ahora se veía relegada a una posición marginal. De no haber permanecido los papas en Roma, que seguían atrayendo sobre sí las miradas de toda la cristiandad, en la primera Edad Media apenas Italia hubiera desempeñado un papel más activo que Escandinavia. Pero, y no podía ser de otro modo, también la sede pontificia fue arrastrada por esta profunda decadencia. De hecho, el siglo X es el más oscuro de toda la historia del papado: es la época en que los papas no sólo habían perdido toda su influencia sobre la política europea, sino que apenas ejercían ninguna sobre la Iglesia.

Los papas después de Carlomagno.

En la época inmediatamente posterior a Carlomagno, este descenso del prestigio papal no era aún visible, en parte gracias a las poderosas personalidades que en el siglo IX ocuparon la sede de san Pedro: León IV, Nicolás I, Adriano II y Juan VIII.

León IV (847-855) tuvo que defenderse sobre todo de los sarracenos. En 849 obtuvo una brillante victoria naval sobre los árabes

delante de Ostia. Ello le permitió construir en la antigua Civitavecchia un nuevo puerto fortificado, que llamó Leópolis. Todavía en 846 los sarracenos habían llegado en sus correrías hasta las puertas de Roma, llegando a saquear las basílicas de los apóstoles. León IV amuralló la región del Vaticano, que fue incorporada al distrito de Roma como «ciudad de León».

Nicolás I (858-867), celebrado por sus contemporáneos como «un segundo Elias», sometió a la obediencia a muchos obispos levantiscos, como el de Ravena y al orgulloso, aunque muy capaz, Hincmaro de Reims. Excomulgó al rey de Francia Lotario, por negarse a dejar su concubina Waldrada. Intervino en las turbulencias de la Iglesia bizantina, al tomar partido en pro de Ignacio contra Focio. A los búlgaros, que se habían establecido al sur del curso bajo del Danubio y habían abrazado el cristianismo, les envió misioneros con instrucciones dogmáticas que son también interesantes para la historia de la Teología.

Adriano II (867-872) intervino con sus delegados en el octavo concilio ecuménico de Constantinopla del año 869, en el que Ignacio fue repuesto en su sede episcopal, pero no pudo evitar que el mismo Ignacio apartara a los búlgaros de Roma y los atrajera hacia Constantinopla. Para ello Ignacio eligió en calidad de legado a san Metodio, que anteriormente había actuado como misionero entre los eslavos por encargo del emperador, y le nombró arzobispo de Sirmio (Mitrovitza, en el Save). Metodio y su hermano Cirilo eran oriundos de Salónica. Después de una pasajera actividad entre los kázares turcos de Crimea, en 863 se trasladaron a Moravia. Celebraban la liturgia en lengua eslava, a la cual dotaron de una escritura propia, el alfabeto glagolítico. Nicolás I los llamó a Roma para que rindieran cuentas de su misión, y allí murió Cirilo. Adriano II volvió a enviar a Metodio a Moravia, aceptó el eslavo como lengua eclesiástica y protegió al misionero contra las asechanzas de los obispos bávaros de Ratisbona y Passau, los cuales habían hecho ya algunos intentos de evangelización en Bohemia y Moravia e invocaban por tanto derechos más antiguos sobre aquellas regiones. El eslavo eclesiástico desapareció luego en Bohemia y Moravia, mientras se introducía entre los búlgaros, serbios y finalmente entre los rusos.

Juan VIII (872-882) después de la muerte de Ignacio reconoció a Focio como patriarca, pero rechazó el concilio de 879 con sus decretos antirromanos inspirados por aquél. Volvió a llamar a san Metodio a Roma, y le protegió contra las acusaciones de los bávaros. Juan VIII fue el último gran papa de este tiempo. Después de él empieza para el papado aquella tenebrosa época, el *saeculum obscurum*, llamado también el siglo de hierro por los historiadores italianos, aunque «hierro» no indica aquí que se tratara de un tiempo belicoso y heroico: las circunstancias eran muy precarias, y las turbulencias no eran obra de héroes sino de enanos.

EL SIGLO OBSCURO DEL PAPADO

Para desdicha de los papas de este tiempo, les falló incluso el Imperio, que de acuerdo con la idea que lo informaba era el encargado de

aportar al papado la protección y seguridad en caso necesario. El imperio de Carlomagno fue dividido entre sus numerosos sucesores, perdiendo así todo su poder. La corona imperial pasaba de un príncipe a otro. Con Carlos III el Gordo, que en 887 fue destronado por los príncipes, se extinguió la descendencia masculina de Carlomagno. El papa Formoso (891-896) coronó emperador a Guido, duque de Espoleto, que por línea materna era bisnieto de Ludovico Pío. Contra él y su hijo, Lamberto de Espoleto, se levantó Arnulfo, duque de Carintia, descendiente también de Ludovico Pío, aunque por línea bastarda, y reclamó para sí la corona. Formoso se vio obligado a coronar también emperador a Arnulfo (893).

A partir de entonces hizo estragos en Roma una interminable guerra civil entre espoletanos y antiespoletanos, entre partidarios del papa Formoso y sus adversarios, aun mucho después de fallecido este papa. Con todo esto se perdió por completo de vista la cuestión del Imperio. Toda la atención estaba puesta en las contiendas y rivalidades de las familias romanas, que nombraban papas a sus propios miembros e intentaban destronar a los papas erigidos por las familias adversarias. La confusión llegó a tales extremos, que de algunos de tales pontífices, que a veces sólo lo fueron durante unas semanas o aun días, no conocemos sino los nombres, y ni siquiera estamos siempre seguros de que fueran papas legítimos.

Esta incerteza viene también de la ausencia de fuentes documentales. No había ni que pensar en llevar las actas al día, y nadie se ocupaba de escribir historias. Hay motivos para dudar de que todos estos papas supieran leer y escribir. La única fuente escrita conservada es la obra de Luitprando de Cremona, que vivía muy alejado de Roma, un charlatán insípido que sólo se interesa por las chismorrerías, sin nada positivo.

Una anécdota relativamente bien documentada, que pinta gráficamente la barbarie de la época, es la del papa Esteban VI, que hizo desenterrar el cadáver de Formoso, lo juzgó ante un tribunal y lo arrojó luego al Tíber. Poco después el propio Esteban fue estrangulado en la cárcel.

Los condes de Túsculo.

Entre las familias romanas que se disputaban el papado, alcanzó una especial importancia la de los condes de Túsculo (Frascati). Alberico II, conde de Túsculo, desde 932 hasta su muerte en 954, fue príncipe de Roma con el título de «Princeps et senator». Su hermano Juan XI fue papa (931-936). Alberico era un hijo de su bárbara época, pero un buen gobernante. Después de fallecido su hermano, elevó al pontificado al excelente benedictino León VII (936-939), quien llamó a Roma al gran abad Odón de Cluny y emprendió con él una reforma de la vida monástica. Alberico le

regaló el monasterio de los santos Alejo y Bonifacio en el Aventino, que pronto envió misioneros hacia los eslavos del Norte. Como vicario suyo en Alemania nombró León al arzobispo de Maguncia. Sobre todo se reanudaron las relaciones con las iglesias extranjeras, que desde Formoso habían quedado poco menos que interrumpidas. Agapito II (946-955) convino con el rey alemán Otón I la organización eclesiástica en Sajonia.

Antes de morir Alberico recomendó que se eligiera papa a su hijo Octaviano. Dadas las circunstancias, mejor era que el poder temporal y el espiritual estuvieran en Roma reunidos en una misma mano. Lo malo fue, sin embargo, que Octaviano, que tomó el nombre de Juan XII (955-964), al tiempo de su elección no contaba más de dieciocho años, y aún más tarde no dio muestras de haber sentado la cabeza. Un paso importante de Juan XII fue el de invocar la ayuda del rey alemán Otón I, para defenderse de su enemigo Berengario de Ivrea, que se había erigido en rey de Italia. Otón llegó a Roma en 961 y Juan XII le coronó emperador. Sus últimos predecesores habían sido emperadores sólo de nombre, y desde 915 ni siquiera se había celebrado coronación alguna. Ahora el papado disponía otra vez de un verdadero defensor, y la verdad es que Otón I y sus sucesores de las dinastías sajona y salia fueron hombres no sólo extraordinariamente capaces, sino también profundamente religiosos y atentos siempre al bien de la Iglesia. Si el papado pudo remontar lentamente el abismo en que había caído en el siglo X, fue en gran parte el mérito de estos soberanos, a pesar de la arbitrariedad de que dieron pruebas en algunos de sus actos. Hay que reconocer, no obstante, que por el momento la coronación del rey alemán no hizo sino agravar la confusión. Apenas Otón había vuelto la espalda, cuando el frívolo Juan XII empezó a conspirar contra él. Otón regresó a Roma, el papa escapó y el emperador le declaró depuesto de su cargo; en su lugar hizo elegir a un León VIII. Pero en cuanto se hubo vuelto a marchar Otón, los romanos expulsaron a su papa y llamaron a Juan XII; éste se vengó sangrientamente de sus enemigos, pero murió al poco tiempo. Fue éste uno de los papas más indignos que ha habido, incluso en su vida privada. En su lugar los romanos eligieron a Benedicto V, llamado el Gramático, o sea, el «instruido», sobrenombre significativo, y que indica cuán rara era la cultura en aquel tiempo. Pero el emperador se presentó una vez más en Roma, volvió a entronizar a su León VIII y desterró a Benedicto V a Hamburgo, donde murió en olor de santidad.

Los Crescencios.

Después de la pronta muerte de León VIII, la familia de los Crescencios, que era entonces la más destacada en Roma, erigió papa a Juan XIII (965-972). Éste se mantuvo adicto a Otón y coronó emperador al

hijo de éste, Otón II. Mas después de él no tardaron en estallar nuevos escándalos. Los Crescencios hicieron dar muerte a Benedicto VI (973-974) y nombraron pontífice a Bonifacio VI. La cifra VI ha sido casi siempre de mal agüero para los papas. Bonifacio VI, que estaba complicado en el asesinato de su antecesor, al tener noticia de que se acercaba Otón II, huyó a Constantinopla con las arcas del tesoro. Vuelto a partir el emperador, Bonifacio regresó a Roma, encerró en el castillo de Santángelo al papa que en su ausencia había sido elegido, Juan XIV, un hombre digno, y lo dejó morir de hambre; también él murió al poco, repentinamente. Los enfurecidos romanos colgaron su cadáver en la estatua de Marco Aurelio, que antes estaba ante la basílica de Letrán y ahora está en la plaza del Capitolio. Su sucesor Juan XV (985-996) fue expulsado por los Crescencios; lo devolvió a Roma la viuda de Otón II, la princesa bizantina Teófanos. Empezó entonces para el papado una época de mayor tranquilidad.

Debemos guardarnos de juzgar estos inauditos escándalos con un criterio moderno. El menor de los trastornos sufridos entonces por la sede apostólica tendría hoy consecuencias inimaginables para el conjunto de la Iglesia. Pero en aquellos tiempos la Iglesia no tenía enemigos, ni había movimientos antirreligiosos. Por otra parte, tampoco hay que pensar que los escandalosos sucesos de Roma dejaran indiferente al resto de la cristiandad. En un sínodo celebrado en Reims el año 991, un obispo sacó a colación el estado de cosas que prevalecía en Roma, y sobre todo los crímenes de Bonifacio VI, que por cierto eran ya viejos de casi veinte años, y exclamó: «Un papa que no tuviera caridad, y sólo estuviese hinchado de ciencia, sería un Anticristo. Pero si no tiene ni caridad ni ciencia, está en el templo de Dios como si fuera un ídolo. ¿Qué instrucciones hemos de pedir a un bloque de piedra?»

ALEMANIA BAJO LOS EMPERADORES SAJONES

La dinastía alemana, que ostentaba la corona imperial desde 961, era una familia de santos. La madre de Otón I, Matilde, así como su esposa Adelaida, son veneradas en los altares, y también su hermano san Bruno, obispo de Colonia. El sobrino nieto de Otón I y tercer sucesor en el trono fue Enrique el santo, esposo de santa Cunegunda. La hermana de Enrique, santa Gisela, casó con san Esteban I, rey de Hungría, y fue madre de san Emerico.

A los ejemplos dados desde arriba venía a responder el floreciente estado de la Iglesia en Alemania. San Bruno, hermano de Otón I, en su calidad de obispo de Colonia (953-965) administraba también el ducado de Lorena y favoreció allí la reforma monástica benedictina iniciada en Gorze,

junto a Metz. Amigo y consejero de Otón I fue también san Ulrico, obispo de Augsburgo († 973); éste apoyó a Otón en la derrota inferida a los húngaros en Lechfeld (955), que puso término a sus devastaciones en la Alemania meridional.

Ulrico había sido educado en el monasterio de san Galo, que era entonces una escuela de ciencias sagradas y profanas. Prior de San Galo fue durante un tiempo el beato Notker, más tarde obispo de Lieja (972-1008), sobrino de Otón I. Otro Notker, el famoso y santo Labeón, trabajó durante toda su vida como profesor en San Galo († 1022). Tradujo clásicos latinos al alemán y contribuyó a la formación de una lengua alemana literaria.

Amigo de Ulrico de Augsburgo fue san Conrado, que es venerado como patrón de las diócesis de Friburgo. Fue obispo de Constanza desde 934 a 975 y, entre otros, fundó el monasterio benedictino de Weingarten. Su segundo sucesor, san Gebardo de Constanza (980-995) fundó la abadía de Petershausen.

Fue una gran personalidad, como obispo y como político, y es también venerado como santo, Willigis, arzobispo de Maguncia, canciller y regente del Imperio después de la muerte de Otón II y Otón III. De su círculo inmediato procedía Burcardo, obispo de Worms († 1025), cuya recopilación de decretales es de gran importancia en la historia del derecho canónico.

En Baviera actuaba entonces san Wolfgang, obispo de Ratisbona (972-994), que había sido benedictino en Einsiedeln. Apoyó abnegadamente la creación del obispado de Praga (973), que quedó así separado de su diócesis. En Bohemia la resistencia del paganismo había sido muy tenaz, y el partido anticristiano había asesinado en 935 al duque Wenceslao. Desde la instauración de la sede episcopal de Praga por obra del duque Boleslao II, Bohemia se hizo definitivamente católica. Como segundo obispo de Praga, el arzobispo de Maguncia Willigis, a cuya archidiócesis pertenecía aquella ciudad, consagró al checo Wojciech o Adalberto, el cual empero pronto renunció a su dignidad e ingresó en el monasterio benedictino de san Alejo en Roma. Por orden del papa, tuvo que regresar a Praga en 992; introdujo los benedictinos en Bohemia y fundó la abadía de Brevnov, pero al final partió a evangelizar a los prusianos, paganos aún, y sufrió el martirio en 997 en Tenkitten, junto al Frisches Haff. Una suerte análoga sufrió Bruno de Querfurt, como Adalberto amigo personal de Otón III. Bruno fue consagrado en 1004 como obispo misionero y cuatro años más tarde fue asesinado en Braunsberg con dieciocho compañeros. En la Marca Oriental, gobernada desde 975 por los Babenberger con título de margraves y con el de duques desde 1156, el obispo de Passau, Pilgrim (971-991), desarrolló una especial actividad. Celebró sínodos en Lorch junto a Linz, Mautern y Mistelbach junto a Wels,

y fundó en 984 la colegiata de Melk, que más tarde adoptó la regla benedictina.

Entran ya en el siglo XI los dos santos obispos de Hildesheim, Bernwardo († 1022) y Godehardo († 1038), así como el amigo del emperador Enrique II el Santo, el asceta Popón, originario de Flandes, desde 1020 abad de Stablo y encargado de la alta dirección de otros monasterios benedictinos, como Echternach, Hersfeld, San Galo, en todos los cuales propulsó la reforma inspirada por Cluny. En el Norte trabajaba entonces otro amigo de Enrique II, Meginwerk o Meinwerk, al que en 1009 Willigis consagró obispo de Paderborn († 1036). A él se debió el florecimiento de esta diócesis, hasta entonces pobre e insignificante, construyó la catedral y fundó en 1015 el monasterio de Abdinghof, que hizo ocupar por benedictinos de Cluny.

Es éste el tiempo del primer estilo románico en Alemania, poderoso a la vez que elegante, henchido de piedad y de gozo de vivir, transido de juventud y de aromas de primavera. Entre lo poco que se ha conservado, figura la colegiata de Gernrode, que se remonta al siglo X, la iglesia palaciega de Quedlinburgo, en la que fue enterrado Enrique I, el padre de Otón I. De las edificaciones levantadas en Paderborn por Meinwerk se conserva la encantadora capilla de san Bartolomé, y de las de Bernwardo de Hildesheim, que era él también artista, la magnífica iglesia de san Miguel. También en el sur quedan monumentos de esta época, como la colegiata de Moosburgo cerca de Frisinga y la iglesia conventual de Reichenau, cerca de Constanza, en las que por lo demás se contienen elementos de épocas anteriores. De las grandes edificaciones catedralicias empezadas hacia el año 1000, en Worms, en Maguncia por obra de Willigis, en Bamberg por Enrique II, nada se ha conservado, pues sus proporciones resultaron ya insuficientes para la generación siguiente, la cual las substituyó por las imponentes catedrales imperiales.

En aquel tiempo, que es quizá el más católico e impregnado de espíritu eclasiástico de su historia. Alemania fue, como nunca, puramente alemana. Los germanófilos de nuestros tiempos no debieran haberlo olvidado. En lugar de bautizar a sus hijos con nombres sacados de la mitología islandesa, mejor hubieran hecho imponiéndoles los nombres de Wolfelmo de Brauwelier, Tietmaro de Merseburgo o Gotardo de Hildesheim.

CLUNY

La historia de la Iglesia podría compararse con una sinfonía construida en forma de fuga: en determinados momentos se da entrada a nuevas voces, a nuevos instrumentos que por un tiempo parecen tomar la

dirección del conjunto, hasta que se funden en la creciente sonoridad del coro general. Una de las voces, que al principio parecía sonar en el desierto y que con el tiempo llegó a llenar todo el mundo entonces conocido, fue la del monasterio de Cluny.

Cluny está situado (o estaba, pues hoy apenas quedan restos de él, ya que su gigantesca basílica románica fue destruida, en tiempos de la Revolución francesa) unos ochenta kilómetros al norte de Lyon, no muy lejos de Luxeuil y de la región donde se levantaron más tarde el Cister y luego Prémontré. Es curioso que los grandes impulsos monásticos surgieran precisamente en esta región. Verdad es que en la Edad Media estaba, por decirlo así, en el corazón de Europa. Pero de seguro que no se les ocurrió a los monjes aprovecharse de las facilidades de comunicación. Lo que buscaban era la soledad y fundaron sus claustros lo más lejos posible de las grandes vías de tránsito.

Cluny fue fundado en 910 por el duque Guillermo de Aquitania. Según el documento de fundación, el nuevo monasterio no debía estar sometido a ningún señor ni temporal ni espiritual, sino sólo a la Sede Apostólica, en signo de lo cual venía obligado a pagar un tributo feudal de carácter típicamente medieval: cinco guldas de oro cada cinco años, para mantener las lámparas que ardían en Roma ante el sepulcro del príncipe de los apóstoles. Que un monasterio dependiera directamente de la Santa Sede, no constituía ninguna novedad. Sin embargo, ahí estaba uno de los gérmenes de la futura grandeza de Cluny, y uno de los puntos de su futuro programa.

El feudalismo.

El antiguo Imperio romano había sido un estado de funcionarios. El poder del emperador descansaba en el hecho de reunir en sus manos las atribuciones de los magistrados superiores. Era comandante supremo del ejército —esto es lo que significa el título de *Imperator*—, juez supremo, jefe de la administración civil y de la Hacienda. El soberano medieval no era, en cambio, un funcionario, sino un terrateniente. El país, el suelo, pertenecía al rey. Sólo que éste no se cuidaba de administrarlo directamente, sino que lo confiaba como *beneficium*, como feudo, a sus vasallos, los cuales venían obligados en cambio a prestarle servicios, sobre todo en la guerra. El vasallo podía a su vez pasar a otro su *beneficium*, adquiriendo así sus propios vasallos. Semejante relación de vasallaje podía ser muy laxa. Nos enfrentamos, pues, en la Edad Media con un concepto de Estado totalmente distinto del anterior, o, mejor dicho, no existe en ella propiamente un estado, sino una multiplicidad de grandes y pequeños señores territoriales que están entre sí en las más diversas, y variables relaciones jurídicas, y a veces totalmente desvinculados de los demás. De

ahí que los mapas políticos de nuestros modernos atlas históricos sean, a menudo, totalmente engañosos, cuando pintan de un solo color grandes territorios, dando la impresión de que en cada momento dado pudiéramos decir con una sola ojeada si «Italia» o «Borgoña» o «Aquitania» pertenecían a «Francia» o a «Alemania». Las relaciones feudales se entrecruzaban constantemente. Un príncipe podía ser feudatario de otro en cuanto a una determinada pieza de territorio, y acaso el segundo lo fuera del primero con referencia a otras tierras. No sólo se daban en feudo tierras, sino también derechos, aduanas, usufructos.

En el antiguo estado de funcionarios el peligro que amenazaba a la Iglesia era el de ser incorporada a la jerarquía administrativa, de modo que los obispos se convirtieran en empleados estatales. La Iglesia bizantina cayó víctima de este peligro. Nada semejante era de temer en la Edad Media occidental; pero sí había el riesgo de que los obispos, abades y párrocos pasaran a ser vasallos de los grandes o pequeños señores.

Las iglesias propias.

El señor feudal que edificaba una iglesia en sus tierras, daba esta iglesia como *beneficium* a un sacerdote, el cual por este hecho quedaba convertido en su vasallo. Estas iglesias, llamadas «propias», poco a poco superaron con mucho en número a las iglesias que estaban exentas de toda relación feudal. El mismo caso se daba con los monasterios. El fundador entregaba el monasterio por él construido en feudo a un abad, y naturalmente a todos sus sucesores. Y como el señor seguía siendo siempre el dueño, podía también entregar parte del *beneficium* a otra persona, que a lo mejor ni siquiera formaba parte del claustro. Así se daba el caso de monasterios muy ricamente dotados, que apenas tenían de qué vivir, pues la mayor parte de sus rentas iban a parar a manos de un clérigo secular o incluso de un seglar, a título de abad comendatario.

Asimismo, los príncipes se consideraban como señores feudales de los obispos, sobre todo en Alemania, donde la mayoría de sedes episcopales habían sido fundadas y dotadas por los reyes.

Mientras el señor feudal estuviera sinceramente interesado en el bien de la Iglesia y favoreciera su ministerio pastoral, el sistema no solía tener malas consecuencias. Por el contrario, las iglesias y monasterios propios tenían en sus señores unos protectores contra los ataques de extraños. Pero en conjunto el sistema era de lo más inconveniente. Nada era más fácil que una persona totalmente inadecuada entrara en posesión de una jurisdicción eclesiástica, por el simple hecho de haberse mostrado servicial al señor, o porque éste esperaba poder contar con sus servicios. La amenaza era especialmente grave para los monasterios. Una comunidad monacal es un aparato extraordinariamente sensible. El establecimiento más floreciente

puede quedar arruinado en poco tiempo, por la gestión de un abad indigno. Vemos, en efecto, que, sobre todo en los últimos años de la época carolingia, toda Europa estaba llena de monasterios, los cuales empero no podían llegar a florecer de veras, oprimidos como estaban por su condición de propiedades feudales.

Apogeo de Cluny.

En semejante estado de cosas, el hecho de que Cluny, desde un principio y expresamente, no perteneciera a ningún señor, sino que fuera un establecimiento puramente eclesiástico, poseía una significación especial. Andando el tiempo, la emancipación de la Iglesia de las trabas del feudalismo medieval fue uno de los principales puntos del programa de Cluny. Tenía también un sentido simbólico el que Cluny se hubiera puesto bajo la exclusiva dependencia de la Santa Sede. Como era de prever, de la fidelidad al papa subrayada ya desde la fundación, surgió con el tiempo otro de los puntos del programa de reforma: la emancipación del papado del poder de los señores temporales. Téngase en cuenta, para hacerse cargo de lo que ello significaba, que en tiempo de la fundación de Cluny, el papa, bajo cuya directa protección se colocó el nuevo monasterio, era Sergio III, en los años más tenebrosos del «siglo obscuro», cuando los condes de Túsculo dominaban Roma y trataban la sede apostólica como si fuera su iglesia propia.

El primer abad de Cluny fue Berno, quien hizo de la nueva fundación un modelo de monasterios benedictinos. Ya bajo el segundo abad Odón (924-942) su fama rebasaba ampliamente las fronteras de Francia. Le siguieron Aymardo (942-965), quien puso orden en los asuntos económicos de la casa, Máyolo (965-995), y luego dos grandes que entre ambos rigieron durante más de un siglo: Odilón (994-1048) y Hugo (1048-1109), el último de los cuales dio la codificación definitiva a las reglas y usos de Cluny. Después del desdichado abad Poncio (1109-1122), que fue destituido y excomulgado, vuelve a venir una gran personalidad, Pedro el Venerable (1122-1156), cuyo gobierno representa el punto culminante de poder y esplendor externo del monasterio.

Desde Cluny se fundaron nuevos monasterios, pero las más veces eran ya antiguos monasterios que se le afiliaban. Ya en tiempos de Odón, el abad de Cluny extendía su autoridad sobre sesenta y cinco monasterios. Los monasterios adheridos dependían de Cluny, y esta dependencia solía expresarse en el hecho de ser dirigidos por un prior nombrado por el abad de la casa madre; además, sus novicios hacían su preparación en Cluny. Pero había también monasterios que, sin entrar en una vinculación real con Cluny, adoptaban las prácticas cluniacenses e introducían reformas, a veces con ayuda de monjes de aquel establecimiento. Algunos de éstos formaban

a su vez, con los monasterios reformados que de ellos dependían, nuevas agrupaciones monásticas, de importancia apenas inferior a la del propio Cluny, como Aurillac en Auvernia, Gorze en Lorena, Hirsau en la Selva Negra wurtemberguesa y Cava en la Italia meridional. La reforma de Hirsau se difundió ampliamente en Alemania, hasta Turingia. Aún hoy las ruinas de Paulinzella, en Rudolstadt, son un buen testimonio del estilo arquitectónico de Hirsau, al que se deben las más puras muestras del románico alemán en el siglo XII. Cava, en Salerno, aún hoy existente, fue fundado en 1011 por el longobardo Alferio, que se había hecho monje en Cluny bajo el abad Odilón. En el siglo XII dependían del abad de Cava veintinueve abadías, noventa, prioratos, trescientas cuarenta iglesias, con un total de cinco mil monjes, repartidos entre el Sur de Italia y Sicilia, y hasta en Palestina. En España la reforma cluniacense fue introducida por Alfonso VI de Asturias y Castilla, y en Inglaterra por Guillermo el Conquistador.

Las razones de la expansión de Cluny y de la enorme influencia que gracias a sus reformas llegó a poseer sobre la Iglesia entera, deben buscarse ante todo en la fuerte personalidad y el tiempo de gobierno extraordinariamente largo de sus abades. En los dos siglos y medio que van desde su fundación hasta la muerte de Pedro el Venerable, Cluny no tuvo más que ocho abades, mientras que en el mismo período hubo cincuenta y cinco papas. De estos ocho abades, siete fueron elevados a los altares. Ellos dieron a Cluny y a su unión monástica, estabilidad, solidez y tenacidad. La tenacidad no debe entenderse en el sentido de que Cluny realizara una política de poder, o que estuviera animado de un espíritu de conquista. Los cluniacenses no querían ser otra cosa que monjes, y monjes muy severos. Sólo que, paso a paso, Cluny llegó a abarcar una parte tan grande de la Iglesia, que casi se convirtió en la Iglesia misma.

En Cluny se oraba mucho, demasiado casi. No quedaba tiempo ni para el estudio. Más tarde los cistercienses reprocharon a los cluniacenses que sólo se cuidaban de rezar, desatendiendo el trabajo. Pero rezar, sí lo hicieron. Y el pueblo confiaba en sus rezos. Las oraciones por los difuntos, que era una de las especialidades de Cluny, fueron una de las principales fuentes de su riqueza, así como su generosidad con los pobres. Los fieles no paraban de hacerles donaciones, pues sabían que Cluny no olvidaba a sus difuntos ni a los pobres. En 998 Odilón introdujo como fiesta especial la Conmemoración de los fieles difuntos, que en 1030 fue fijada en el 2 de noviembre, y que es aún hoy celebrada en esta fecha por toda la iglesia latina.

Los eremitas.

Junto a los cluniacenses, y en parte bajo su influjo, se produjo, desde principios del siglo XI, otro movimiento monástico, también sobre la base de la regla benedictina: las congregaciones de eremitas. Su centro era el norte de Italia.

Desde los días de los monjes egipcios, el separarse del mundo del modo más completo posible, había sido siempre el sumo ideal monástico. Sólo que la experiencia había demostrado que la simple soledad, lejos de toda comunidad y exenta de toda obediencia, no era el mejor medio de hacer realidad este ideal. Los ermitaños de las leyendas populares no constituían un tipo monástico reconocido como tal. Lo que sí se admitía, y se aprobaba, es que uno o varios monjes se retiraran a una celda junto a la iglesia del monasterio, donde estaban aún sometidos a la disciplina de la casa y desde donde podían participar en los oficios divinos, viviendo por lo demás en una especie de prisión voluntaria. Semejantes celdas de inclusión o de reclusión, las había en muchos monasterios, y generalmente estaban ocupadas.

Santa Wiborada vivió así como inclusa en el monasterio de san Galo. A través de la ventana de su celda instruyó en la vida espiritual al joven san Ulrico, el futuro gran obispo de Augsburgo. En esta misma celda fue asesinada en 926 por los húngaros. Otro incluso célebre fue Simón, un armenio y monje basiliano, que después de largas peregrinaciones se hizo encerrar en el convento de Polirone, cerca de Mantua, y murió en 1016. Otro Simón, un griego de Siracusa, vivió como inclusa en la «Puerta Negra» de Tréveris († 1035).

Ya en el siglo IX el presbítero Grimlach había compuesto en Reims una regla para los inclusos, que las más veces no vivían solos en sus celdas, sino con otro o con dos más. En ella describe con toda precisión cómo deben estar construidas las celdas, con una ventana que dé a la Iglesia y una reja locutorio hacia fuera, y también un pequeño huerto y hasta un cuarto de aseo.

La idea de organizar todo un cenobio de inclusos, o sea una colonia de eremitas, procede de san Romualdo. Su preocupación había sido siempre hallar formas de vida lo más rigurosas posible. Su ideal se concretó cuando en el monasterio cluniacense de San Miguel de Cuixà (Pirineos) descubrió el alto valor que tenían el orden y la disciplina. A partir de 992 fundó sus colonias de eremitas: Fonte Avellana, Pomposa, Pereum junto a Ravena. El emperador Otón III, que le veneraba en alto grado y que dirigido por él se sometió a severas penitencias, le impulsó a aceptar la abadía de San Apolinar «in Classe», pero luego renunció a su dignidad y fundó hacia 1012 en las cercanías de Arezzo una colonia llamada «Camaldoli», de la cual la orden entera tomó más tarde el nombre de camaldulenses. Camaldoli consta de dos partes: el edificio claustral para la administración y la enseñanza de los novicios, y lejos de él la aldea de los

eremitas, rodeada de altos muros. Cada monje tiene su casita, provista de taller y huerto. En el centro está la iglesia.

Después de la muerte de san Romualdo surgieron nuevos eremitorios, Vallumbrosa en Florencia, Camaldula en Nápoles. También las cartujas, surgidas a finales del siglo XI, son una continuación del tipo de vida introducido por san Romualdo, aunque no estén basadas en la regla de san Benito.

Los monasterios camaldulenses tenían entre sí una unión laxa, pero todos estaban colocados bajo la especial protección de la Santa Sede. Nunca fueron muy numerosos; lo impedía ya el extraordinario rigor de su regla, pero contribuyeron muy señaladamente a la renovación religiosa del siglo XI. De ellas salió san Pedro Damiano, uno de los principales campeones de la reforma.

Pero con lo que mayormente influyeron los camaldulenses, como también los cluniacenses, fue con el ejemplo que daban de su profundo ardor religioso. Y fervor y sentimiento de responsabilidad era lo que más se echaba de menos en aquella época: en los señores temporales, muchos de los cuales consideraban y trataban como sus servidores a obispos, abades y párrocos; sobre todo, en la turbulenta Roma del siglo X, sin excluir siquiera a los papas. De todos modos, la salvación no podía venir sólo del mudo ejemplo de los monjes. En Roma, especialmente, hacía falta una mano enérgica que cortara por lo sano, y esto es lo que hicieron los emperadores.

LOS PAPAS BAJO LA INFLUENCIA DE LOS EMPERADORES

Otón I y su hijo Otón II, prematuramente fallecido, habían intervenido en los asuntos romanos animados de las mejores intenciones, pero sin obtener resultados apreciables. Es curioso que lo consiguiera, en cambio, el tercer Otón, que personalmente no se distinguía por su energía, a lo cual contribuía su excesiva juventud, pero que pudo aprovecharse del enorme prestigio que su padre y su abuelo habían sabido ganar para la corona imperial.

Gregorio V y Silvestre II.

Al morir Juan XV en 996, Otón III estaba justamente de camino hacia Roma. Los romanos le pidieron que eligiera él mismo al nuevo papa. Otón III contaba entonces dieciséis años, era profundamente religioso, había sido educado por los mejores maestros y era además un idealista exaltado, que sólo soñaba con el esplendor del antiguo Imperio romano. Designó como papa a su pariente y capellán Bruno, que sólo tenía veinticuatro años y era tan idealista como el emperador. Fue elegido papa

con el nombre de Gregorio V, pero después de prometedores comienzos murió en 999. Seguidamente Otón III designó como pontífice a su antiguo maestro Gerberto. Gerberto era francés, obispo de Reims y luego de Ravena, y su ciencia le había valido tal admiración, que la leyenda popular ha hecho de él un hechicero. Tomó el nombre de Silvestre II. No menos idealista que Gregorio V, era, en cambio, un hombre maduro. Por primera vez después de largo tiempo, la Iglesia volvía a tener un papa capaz de abarcar con una mirada la cristiandad entera. Silvestre organizó la jerarquía eclesiástica para los polacos, ya casi enteramente cristianizados, estableciendo la metrópolis en Gnesen, y para Hungría, con sede metropolitana en Gran. Confirió el título de rey al que hasta entonces había sido duque de Hungría, san Esteban.

Nuevo dominio de los tusculanos.

Tras la prematura muerte de Otón III (1002) volvió a estallar en Roma la discordia entre los condes de Túsculo y los Crescencios, que ya habían promovido alborotos bajo Gregorio V, y que ahora llegaron hasta erigir un antipapa. Pero el nuevo emperador Enrique II impuso el papa legítimo, Benedicto VIII (1012-1024), de la familia de los tusculanos. Benedicto VIII coadyuvó a la victoria naval que pisanos y genoveses obtuvieron sobre los sarracenos en Luna, gracias a la cual se arrebató Cerdeña a los musulmanes. En 1020 el papa se trasladó a Alemania y consagró la catedral de Bamberg, fundada por Enrique II. Luego, en compañía del emperador, celebró un sínodo en Pavía, en el que se insistió sobre el celibato de los clérigos. También se dictaron decretos contra la simonía, o sea la concesión de órdenes sagradas a cambio de dinero u otras ventajas. Bajo este concepto de simonía se fueron poco a poco comprendiendo todos los abusos a que había dado lugar la dependencia feudal de la Iglesia y que finalmente habían de desembocar en la cuestión de las investiduras.

Los condes de Túsculo volvían a ser, como cien años atrás, los dueños de Roma. El hermano de Benedicto VIII, Alberico, regía la ciudad con el título de cónsul. Muerto Benedicto VIII, un tercer hermano fue elegido papa con el nombre de Juan XX. Éste coronó emperador a Conrado II. A las fiestas de la coronación asistieron los reyes Rodolfo III de Borgoña y Canuto de Dinamarca e Inglaterra. Por lo demás, lo que sobre todo interesaba a Juan XX era dinero. El emperador bizantino Basilio II se lo ofreció si reconocía al patriarca de Constantinopla el título de «patriarca ecuménico», que los pontífices anteriores le habían negado siempre. Juan XX no hubiera tenido reparos en hacerlo, pero al fin se echó atrás ante la indignación de los cluniacenses. Después de su muerte en 1033, la familia de los condes de Túsculo, que a cualquier precio quería ver ocupada la Silla

de san Pedro por uno de los suyos, hizo papa al hijo de Alberico, Teofilacto, que no contaba más que trece años. El muchacho, que tomó el nombre de Benedicto IX, fue a poco expulsado por los romanos; pero el emperador Conrado II lo repuso, pues al fin y al cabo él era el legítimo papa. Siguió una nueva expulsión y un nuevo regreso. Finalmente, para poner término al escándalo, el rico arcipreste de San Juan «in Porta Latina», Juan Graciano, le prometió una generosa pensión si abdicaba, y así lo hizo Benedicto IX, contra el cual sus adversarios habían ya designado a un antipapa, Silvestre III.

Intervención de Enrique III.

Juan Graciano había obrado con la mejor intención. Pero fue una imprudencia que aceptara luego la dignidad papal. Gregorio VI, que tal fue el nombre que adoptó, poseía todas las cualidades requeridas para ser un buen pontífice, y los que estaban animados de un riguroso espíritu eclesiástico, como san Pedro Damiano, saludaron su advenimiento con entusiasmo. Pero ya que uno de los principales puntos del programa de reforma se refería a la simonía, el comercio con los cargos eclesiásticos, resultaba cuando menos inoportuno que el papa reinante hubiera dado dinero a su predecesor para que abdicara de su dignidad. Además, Benedicto IX no tardó en arrepentirse de su renuncia, y volvió a levantarse como papa, lo mismo que el antipapa Silvestre III. La confusión se hizo indescriptible, y sólo el emperador podía ponerle remedio. Se llamó a Enrique III, el sucesor de Conrado II. Enrique celebró un sínodo en Sutri, al norte de Roma. Benedicto IX, que había ya abdicado, y Silvestre III, que jamás había sido un papa legítimo, fueron depuestos definitivamente. Gregorio VI consintió en dejar voluntariamente el trono papal, y para que no surgiera ningún otro cisma, el emperador se lo llevó consigo a Alemania. Le acompañaba un joven clérigo romano, Hildebrando, que estaba destinado a desempeñar un gran papel histórico. Gregorio VI murió en Colonia en 1047.

Hasta tal punto parecía ser el emperador la única instancia capaz de imponer orden, que todo el mundo estaba de acuerdo en que él nombrara, sin más ni más, a los papas siguientes. Sus dos primeros papas, Clemente II, antes obispo de Bamberg, y Dámaso II, obispo de Brixen, ambos hombres de grandes dotes, murieron poco después de su elevación al solio. Entonces Enrique III eligió papa al obispo de Toul, un alsaciano que tomó el nombre de León IX. Pero, no satisfecho éste con la designación imperial, quiso ser elegido en Roma según las reglas. En su viaje hacia Italia tomó consigo al joven Hildebrando, que después de la muerte de Gregorio VI había tomado el hábito monacal, posiblemente en Cluny. Hildebrando sirvió a León y a sus sucesores, hasta su propia elección como papa, en

distintos puestos de gran responsabilidad, y fue en todo la verdadera alma de la reforma, a tal extremo que con razón puede hablarse de una edad de Hildebrando. León IX celebró varios sínodos, además de Roma, en Pavía, Reims y Maguncia, en los cuales el programa de reforma fue completado en todos sus puntos: lucha contra la simonía, contra la concesión de cargos eclesiásticos por los seculares, e imposición del celibato. En el año 1052 tuvo León IX que prestar atención al creciente poder de los normandos en el sur de Italia.

Los normandos.

Los normandos son los predecesores de los actuales daneses y noruegos. Sus expediciones de vikingos, con las que empezaron a infestar las costas inglesas y desde el siglo IX las francesas, no eran más que correrías de piratas. En 845 destruyeron Hamburgo y la sede episcopal tuvo que ser trasladada a Bremen. Hacia 860 aparecieron en el Mediterráneo y saquearon la región de Pisa. La decadencia cultural sufrida por Francia bajo los últimos carolingios, está en estrecha relación con los continuos daños sufridos por obra de los normandos. En este mismo siglo IX, una expedición de normandos dirigida por Rurik fundó el principado de Novgorod, junto al lago limen; este principado, llamado de los varegos, había de ser uno de los gérmenes del futuro imperio ruso. Colonizaron las islas Faroe, Islandia, Groenlandia. Una parte de este pueblo singular, a principios del siglo X, se hizo asignar, por el rey franco Carlos III, tierras en el norte de Francia, en la región que aún hoy se llama Normandía. Allí se convirtieron al catolicismo. El primer conde de Normandía, Rollo o Roberto, fue bautizado en 912, hacia el mismo tiempo en que era fundada la abadía de Cluny. Mas no por haberse hecho cristianos y civilizados perdieron su ánimo aventurero. El normando Rainulfo se contrató a partir de 1017 como mercenario en la Italia meridional, al servicio de diversos príncipes, y en 1030 recibió de los bizantinos de Nápoles el pequeño condado de Aversa. Poco después (1035), los hermanos Hauteville, Guillermo, Drogo y Humfrido, entraron al servicio del príncipe longobardo de Salerno, Guaimaro IV. Guillermo estuvo también durante un tiempo al servicio de los bizantinos, pero luego rompió con ellos porque no le pagaban soldada alguna, y se declaró independiente en 1042 como señor de Apulia. En 1046 acudió a su lado desde Normandía su hermano menor Roberto, llamado de sobrenombre Guiscardo, o sea, el zorro, quien desde entonces fue el alma de todas las empresas normandas. En 1047 conquistaron Benevento.

León IX contemplaba con suspicacia los manejos de sus inquietos vecinos y al fin se decidió a presentarles batalla. Pero él y su diminuto ejército cayeron prisioneros de los normandos, cuyas huestes no contaban

tampoco más que unos centenares de hombres. Como buenos cristianos que eran, los normandos trataron con tales honores a su ilustre prisionero, que éste hizo amistad con ellos. Más todavía, le regalaron Benevento, que desde entonces formó un enclave perteneciente a los Estados de la Iglesia.

El cisma bizantino.

En este mismo año de 1053, el patriarca de Constantinopla Miguel Cerulario, rompió inesperadamente las hostilidades contra los latinos. Ordenó el cierre de todas las iglesias y monasterios latinos de Constantinopla, y difundió sañudas acusaciones contra toda la Iglesia occidental. León IX envió una legación a Bizancio, compuesta por el obispo Humberto de Silva Cándida y el abad de Montecasino, Esteban de Lorena. El emperador los acogió amistosamente, pero el patriarca les negó la comunión. En vista de ello, depositaron una bula de excomunión sobre el altar de Santa Sofía (16 de julio de 1054) y emprendieron el regreso. El suceso produjo escasa impresión, al menos en Occidente. Estos conflictos con el patriarca bizantino se habían convertido ya en cosa habitual. Nadie pensaba entonces que esta vez hubiera que esperar más de 200 años para ver restablecida la unión, y aun sólo de un modo transitorio.

León IX murió el 19 de abril de 1054. Sucedióle Gebardo, obispo de Eichstätt, con el nombre de Víctor II. Junto con el emperador celebró un sínodo en Florencia, también éste contra la simonía y las infracciones del celibato. En Francia hizo celebrar sínodos análogos por intermedio de Hildebrando. Bajo su pontificado falleció el emperador Enrique III, antes de cumplir los cuarenta años. En su lecho de muerte, nombró al papa vicario del Imperio. Víctor II coronó en Aquisgrán como rey de Alemania a Enrique IV, aún menor de edad.

Enrique III había sido un soberano de excepcionales dotes y amplios horizontes, y además personalmente serio y piadoso. La Iglesia le debe una gran gratitud. Él devolvió al papado su puesto dentro de la cristiandad. Además, la protección a la Iglesia no era para él, como fue para sus sucesores, sinónima de dominio de Italia. Su conducta fue, pues, muy distinta de la de sus sucesores, sobre todo los Staufer, cuya política de expansión en Italia acarreó la ruina del Imperio. Por otro lado, la manera como disponía a su antojo del papado, nombrando y deponiendo pontífices, aunque dadas las circunstancias resultaba tolerable y aun benéfica, no podía continuarse indefinidamente. Desde que los papas volvían a ser lo que debían, aunque fuera gracias al cuidado del emperador, no necesitaban ya de tutela alguna. Era, pues, inevitable que el gran movimiento de emancipación de la Iglesia, que partiendo de Cluny había ido ganando paso a paso la cristiandad entera, se volviera también finalmente contra la excesiva influencia del emperador sobre la elección papal. Sinceramente

adicto a la Iglesia como era Enrique III, acaso la cuestión hubiera podido resolverse sin conflicto, de haber vivido aquél más tiempo.

Las elecciones papales bajo la influencia de Hildebrando.

Por primera vez en largo tiempo, después de la muerte de Víctor II hubo una elección papal puramente eclesiástica. Bajo la influencia de Hildebrando, fue elegido el abad de Montecasino, Federico de Lorena, con el nombre de Esteban X. De todos modos, Hildebrando no quería provocar disgustos en la corte, y solicitó posteriormente la aprobación de la emperatriz viuda, que regía el Imperio durante la minoridad de Enrique IV.

Esteban X fue el primer cluniacense que ascendió a la silla de san Pedro. Estaba rodeado de prestigiosos cardenales: Humberto, obispo de Silva Cándida, que en tiempos había acompañado a Esteban X en la legación a Constantinopla contra Miguel Cerulario; Anselmo, obispo de Luca; Esteban de san Crisógono, también cluniacense; el longobardo Dauferio o Desiderio, un benedictino de Cava y sucesor de Esteban como abad de Montecasino. Esteban añadió a éstos el prior de Fonte Avellana, Pedro Damián, al que nombró obispo de Ostia. Pero sobre todos descollaba Hildebrando, que en 1059 fue nombrado archidiacono de la santa Iglesia.

El colegio cardenalicio.

La composición del colegio de los cardenales era entonces muy distinta de la actual. Originariamente se llamaban cardenales los presbíteros de las iglesias titulares romanas, los que más tarde fueron párrocos, así como los siete diáconos. Firmaban las actas sinodales después del papa y de los seis obispos suburbicarios. Por consiguiente, en los primeros tiempos de la Edad Media, el cardenalato no era todavía un título honorífico, y la expresión se encuentra también fuera de Roma. En el siglo XI empezaron los papas a llamar a Roma a clérigos extranjeros eminentes, sobre todo monjes de la reforma cluniacense, y a darles el título de cardenal, confiriéndoles al efecto o una iglesia romana o un obispado suburbicario. La costumbre de hacer cardenales a prelados extranjeros que no residieran en Roma, no aparece hasta el siglo XII. El primer ejemplo conocido es el de un arzobispo de Maguncia en el año 1163. La dignidad cardenalicia adquirió la importancia que le es propia al recibir el derecho exclusivo de elegir al papa. Los sucesos ocurridos después de la muerte de Esteban X dieron pie a la concesión de esta prerrogativa.

Por última vez intentaron los tusculanos, esta vez aliados con los Crescencios, apoderarse de la silla de san Pedro. Los cardenales no estaban dispuestos a reconocer al pontífice nombrado por ellos, Benedicto X, y abandonaron Roma. En Siena, bajo la protección de la marquesa de

Toscana, fue elegido el papa legítimo: Gerardo, obispo de Florencia, que tomó el nombre de Nicolás II (1059-1061). La marquesa de Toscana, Beatriz, había casado en segundas nupcias con el duque de Lorena Godofredo el Barbudo, hermano de Esteban X. Ella, y aún más su hija Matilde, fueron uno de los principales apoyos de la Santa Sede en su lucha por la independencia. Hildebrando instauró al nuevo papa en Roma por la fuerza de las armas y expulsó a Benedicto X.

La ley de elección del papa.

Nicolás II reunió entonces en Letrán un sínodo, cuyas decisiones, de un alcance desusado, dio luego a conocer a toda la cristiandad con la encíclica *Vigilantiae universali*. En ellas se hacía hincapié sobre las exigencias ya conocidas: ningún clérigo debe aceptar la investidura, o sea la concesión de un cargo eclesiástico, de manos de un seglar. Se prohíbe toda maquinación simoníaca en la concesión de una consagración o de un beneficio. Si un clérigo no observa el celibato, los fieles deben abstenerse de oír sus misas. Esta rigurosa decisión, que equivalía a la excomunión, era nueva. Otra novedad era el deseo expresado por el papa de que todos los sacerdotes llevaran una vida en común, a la manera de los monjes. Era sólo un deseo, no una orden, pero como las consecuencias demostraron, provocó una completa transformación de la vida clerical, y desde luego, en el sentido de mejorarla. Pero la resolución de mayor trascendencia era la que se refería a la elección papal. Como había demostrado la experiencia, una gran parte de los males de la Iglesia venían de la inseguridad jurídica sobre quién había de decidir la elección del pontífice, o mejor dicho, de que todos podían alegar algún derecho en este respecto, de acuerdo con el viejo principio de la *communio*, según el cual era válida toda elección en la que se manifestara la voluntad conjunta de la Iglesia. Así podía ocurrir, según las circunstancias, que la voluntad del pueblo romano, o la de los nobles romanos o también la del emperador como defensor de la Iglesia, pudiera ser considerada como expresión de la voluntad de la Iglesia. Por esto habían sido válidas las anteriores elecciones papales, a pesar de haberse efectuado de tantos y tan distintos modos. Pero este procedimiento electivo, basado en la simple costumbre, no era garantía suficiente para excluir las elecciones dudosas, ni bastaba para impedir la intromisión de influencias indebidas.

El sínodo de Letrán de 1059 decidió, pues, que en el futuro sólo los cardenales poseerían un derecho activo de voto. El resto del clero y el pueblo romano, sólo debían manifestar su aprobación una vez efectuada la elección. Al derecho del emperador se aludía con la vaga fórmula *salvo debito honore et reverentia*, que según el contexto sólo podía significar

que, después de efectuada la elección se debía dar cuenta al emperador, como una deferencia honorífica.

Al propio tiempo se subrayaba que la dignidad imperial era un privilegio que el papa concedía personalmente cada vez.

Era de prever que el nuevo procedimiento electoral y los decretos sobre las investiduras tarde o temprano crearían dificultades con la corte alemana; convenía, pues, que el papa se preocupara de buscarse nuevos aliados políticos. El incansable Hildebrando se dirigió al sur de Italia y concertó una alianza con Roberto Guiscardo: el tratado de Melfi. El dominio normando, que hasta entonces había descansado sólo sobre el derecho de conquista, recibió del papa su legitimación. Roberto Guiscardo recibió en feudo del papa la Apulia y la Calabria, con el título de duque, además de Sicilia, si conseguía conquistarla, y prestó en consecuencia al papa el juramento de vasallaje.

Alejandro II (1061-1073).

Tras la temprana muerte de Nicolás II, fue elegido, según la nueva ley electoral, el obispo de Luca, Anselmo, con el nombre de Alejandro II. La regencia alemana no reconoció la elección y nombró como antipapa al obispo de Parma, Cadalo, el cual, bajo el nombre de Honorio II, consiguió apoderarse de Roma con ayuda de las tropas alemanas. Pero Italia se mantuvo fiel a Alejandro II, gracias a la acción de Pedro Damián, y cuando el poderoso arzobispo de Colonia, Anno, ganó también Alemania para la causa del papa legítimo, el antipapa tuvo que retirarse. Los tiempos habían cambiado. No habían pasado aún veinte años desde que Enrique III depusiera a tres papas sin que nadie osara protestar.

Alejandro II pertenecía al partido de los reformistas rigurosos. Siendo presbítero de Milán, había provocado un movimiento popular llamado «Pataria» contra los clérigos simoníacos e incontinentes. Una vez papa, llamó a Roma a los jefes de la «Pataria», que se había extendido también a otras ciudades de Lombardía, el diácono Arialdo y el caballero Herlembaldo, aprobó su acción en el consistorio y confió a Herlembaldo la bandera de la Iglesia. ¡Singular proceder! Un papa excitaba a los seculares a que se rebelaran contra la jerarquía. Pero el movimiento reformista había invadido amplias capas de la población, y ni Alejandro II ni sus amigos Pedro Damián y Hildebrando tenían la menor intención de darle el alto. Alejandro II hizo abundante uso de los poderes papales, sin acepción de personas. Al joven rey Enrique IV, que acababa de casarse y ya se quería divorciar, le amenazó con la excomunión. Al inflexible Anno de Colonia, a quien tanto debía, lo citó ante su tribunal.

En 1071 consagró Alejandro II la nueva basílica de Montecassino, Estaban presentes, además de numerosos obispos y cardenales. Pedro

Damián y Hildebrando, el abad Desiderio y los príncipes de la Italia meridional, normandos y longobardos, Ricardo de Capua, Landulfo de Benevento, Gisulfo de Salerno. Era como una revista de los incondicionales. Sólo en la ciudad de Roma Alejandro II se veía impotente contra los barones. Tuvo que mirar inactivo cómo los Cenci cerraban el puente de Santángelo y percibían allí un derecho de pontazgo. También esto era simbólico. Los papas volvían a ser auténticamente papas que regían la Iglesia entera, pero seguían sin ser dueños de Roma. De los pontífices siguientes, muchos residieron fuera de la urbe.

GREGORIO VII (1075-1085)

Alejandro II murió el 21 de abril de 1073. En los funerales celebrados el día siguiente, que dirigía Hildebrando en su calidad de archidiacono, el pueblo aclamó a éste como futuro papa. Los cardenales se retiraron en seguida a San Pedro «ad Vincula», y lo eligieron en toda forma. Hildebrando, siempre cauteloso, aplazó la coronación hasta que hubo llegado la aprobación del rey alemán Enrique IV. En memoria del noble Gregorio VI, al que en su tiempo había acompañado al exilio, adoptó el nombre de Gregorio VII.

Gregorio VII es una de aquellas figuras de la historia universal, cuyo simple nombre basta para suscitar las más diversas pasiones. No es, por tanto, fácil dictar un juicio acertado sobre su personalidad. El historiador Gregorovio († 1891), animado por lo demás de un auténtico odio contra todo lo que sea católico o papal, afirma que, comparado con Gregorio VII, Napoleón parece bárbaro. Gregorovio hace de él una especie de mago, que con armas invisibles supo infundir pavor al mundo entero. La Iglesia lo cuenta entre sus santos y celebra anualmente su fiesta el 25 de mayo. Pero hay también católicos para quienes Gregorio VII es el tipo de un papa político, no religioso. Lo innegable es que Gregorio VII ejerció ya una poderosa impresión sobre sus contemporáneos. San Pedro Damiano le llamaba, bromeando, un santo Satán, con lo cual quería describir el ardor y la infatigable actividad que le caracterizaban. Como el apóstol san Pablo, era Gregorio VII de estatura modesta, inquieto, infatigable, henchido de valor personal y de una increíble vitalidad. Todo era en él impulso a la acción, prosecución de un fin. En esto coincide Gregorio VII con Ignacio de Loyola.

Sus cartas, cuyo registro se conserva casi entero, permiten un atisbo de su actividad como papa. Escribía a la mayoría de arzobispos y obispos de Francia, Alemania, Italia, más raramente de España; a los abades Hugo de Cluny, Guillermo de Hirsau, Desiderio de Montecassino; a Lanfranco, arzobispo de Canterbury; a los obispos de Praga y Gran, al arzobispo

armenio de Synnada. Además a todos los príncipes europeos: aparte del rey de los alemanes Enrique IV, al rey Felipe I de Francia, a Guillermo el Conquistador de Inglaterra, a Alfonso VI de Castilla, a Sancho de Aragón, a Salomón y Ladislao de Hungría, a los reyes de Dinamarca, Noruega, Suecia, a Demetrio, rey de los rusos, a Miguel, rey de Eslavonia, a los duques Wratislao de Bohemia y Boleslao de Polonia, a los condes de Flandes, pero también al emperador bizantino Miguel VII, sin preocuparse del cisma, y hasta al emir de Marruecos.

Y no se crea que se trate de simples epístolas de cortesía. Se habla mucho en ellas de los derechos de la Iglesia, de la simonía, del mejoramiento de las costumbres y de excomuniones.

Esta polifacética actividad de Gregorio VII, extendida a Europa entera, conviene no perderla de vista si quiere verse a su luz debida su famoso conflicto con Enrique IV. Los vivos colores que la historiografía moderna ha prestado a la escena de Canosa, podrían hacer pensar que en este encuentro se agota el contenido entero del pontificado de Gregorio VII. La obra de su vida no consistió en humillar a Enrique IV. En realidad, su gran preocupación había sido, de antiguo, tratar de evitar este conflicto.

Gregorio VII no aportó ningún programa nuevo al iniciar su pontificado. Se limitó a continuar lo que se habían propuesto todos los papas desde León IX: la reforma de costumbres del clero y la emancipación de la Iglesia del poder secular. Lo más importante estaba ya conseguido antes de que Gregorio fuera elevado al trono. Las ideas de la reforma se habían convertido en bien común de todos. La cristiandad volvía a sentir respeto por la jerarquía y por el derecho de la Iglesia a desempeñar su ministerio pastoral. Este éxito era en gran parte la obra de Gregorio, antes de ser nombrado papa. Podría decirse que hizo más cosas como Hildebrando que como pontífice.

El conflicto con Enrique IV.

Que se llegara a un conflicto con el rey alemán, dependió menos de la naturaleza de la cuestión en sí que del carácter de Enrique IV. Cuando la entronización de Gregorio el rey contaba veintitrés años. Una educación mal dirigida y una disposición aún más defectuosa no le dejaron alcanzar nunca una plena madurez. No conocía contención alguna. Sin que la situación lo justificara, se exaltaba en gestos altaneros y retadores, o se deprimía en humildades y desánimos. Lo que le faltaba de energía, intentaba compensarlo con astucia. A un hombre así, hoy lo calificaríamos de histérico. Era un hombre tan incapaz de reinar, como de poner freno a su propia sensualidad. Los contemporáneos no le profesaban ningún respeto, y ni los nuevos historiadores que intentan a toda costa presentarlo como un inocente perseguido, consiguen hacer de él un gran hombre. Por lo único

que Enrique IV merece nuestra simpatía, como hombre, es porque casi todas sus empresas fueron desdichadas.

Al principio de su gobierno Enrique IV no se cansó de asegurar que observaría la tan repetida y encarecida prohibición de la investidura laica. La cosa ofrecía en Alemania una especial dificultad de hecho, pues los obispos eran al propio tiempo funcionarios y príncipes del Imperio. Era evidente que el rey no podía conferir ninguna jurisdicción eclesiástica. Pero tampoco se le podía exigir que pasara por que el papa nombrara a sus más altos vasallos. Que era posible hallar una solución, lo demostró más tarde el concordato de Worms. Cómo Gregorio VII concebía la manera de resolver el problema, no podemos decirlo. Con todo, el conflicto no estalló sobre la cuestión de principio, sino a propósito de un caso concreto, cuando Enrique IV, sin consultar al papa, nombró en 1075 un nuevo arzobispo para la sede de Milán. El arzobispo de Milán no era un príncipe del Imperio en el sentido en que lo eran el de Maguncia o el de Colonia. Se trataba de una clara intromisión en la esfera eclesiástica, que el rey había planeado con carácter de reto y que en todo caso debía ser sentida como a tal por el papa. Gregorio VII envió una carta concebida en términos muy duros y amenazó con la excomunión.

Por su parte, Enrique IV procedió como si esto fuera una inaudita provocación del pontífice. En 1076 reunió en Worms a veintiséis obispos y, sin pararse en barras, declaró depuesto al papa.

Escribió una carta al «seudomonje Hildebrando», que sólo puede calificarse de explosión de rabia infantil. Cuando este escrito llegó a Roma en febrero de 1076, Gregorio VII dictó la excomunión contra Enrique IV y desligó a sus súbditos del juramento de fidelidad.

No era éste el primer caso en que un papa excomulgaba a un príncipe por infracción abierta de algún precepto divino o eclesiástico. Así Nicolás I había excomulgado al rey franco Lotario por causa de su concubina Waldrada, sin que nadie le discutiera el derecho a hacerlo. Pero en el caso presente era de prever que Enrique IV no se sometería y acaso adoptaría medidas de violencia contra el pontífice. En caso de llegarse a las armas, Gregorio VII sólo podía contar con unos pocos aliados: la «Pataria» lombarda, la marquesa Matilde de Toscana y Roberto Guiscardo con sus normandos.

Pero de momento no se llegó a la guerra, pues los príncipes alemanes se pusieron de lado del papa. En el Reichstag celebrado en Tribur junto a Maguncia en octubre de 1076, acordaron que el rey debía abstenerse temporalmente del gobierno, y si dentro un año no se le levantaba la excomunión, perdería la corona. Al propio tiempo invitaban al papa a trasladarse a Alemania.

Canosa.

Gregorio VII se puso inmediatamente en camino hacia el norte de Italia, desde donde los príncipes alemanes le habían prometido conducirlo por los pasos de los Alpes. Pero antes de que llegara la escolta prometida, entró en Italia Enrique IV con una fuerza armada. Gregorio VII se retiró a los Apeninos, refugiándose en el castillo montañoso de Canosa, al sur de Parma, que pertenecía a la fiel marquesa Matilde. Le acompañaban la propia Matilde, la condesa Adelaida de Turín y el abad Hugo de Cluny. Pero en lugar de pasar al ataque, Enrique se limitó a enviar cartas concebidas en los tonos más humildes, en las que prometía pasar por todo lo que el papa le mandara, con tal de que le levantara la excomunión. Al fin se presentó él mismo y se detuvo ante la puerta del castillo, vestido con las ropas de un penitente.

Gregorio VII era de más recia madera que las piadosas princesas que habitaban con él el castillo, y que le suplicaban clemencia deshechas en lágrimas. Pero la perplejidad en que se encontraba no podía ser peor. Como sacerdote, no podía negar la absolución a un pecador que se la pedía con todos los signos deseables de arrepentimiento y espíritu de penitencia. Como hombre de mundo, en cambio, no podía menos que pensar que merecía muy poca confianza un hombre que ayer mismo se había desatado en insultos contra él y que hoy ofrecía su sumisión en una forma no menos exagerada. Finalmente, en su condición de político, sabía que el paso que iba a dar era un grave error. Se sobrepuso, empero, el sacerdote, y liberó al rey de la censura eclesiástica. Enrique prometió y juró todo lo que le pidió el papa. Estando aún en Canosa, Gregorio envió un extenso escrito a los príncipes alemanes, en el que se advierte claramente la preocupación que embargaba su ánimo.

Tal era la famosa escena de Canosa. Famosa, más de lo que merece. «Ir a Canosa» se ha convertido ya en una frase hecha, sobre todo desde que Bismarck durante el Kulturkampf exclamó en el Reichstag: «¡No iremos a Canosa!» En realidad, Canosa no adquirió su etiqueta de oprobio nacional hasta el siglo XIX, por obra de los historiadores y publicistas alemanes. En tiempos de Lutero, cuando se empezó a revolver la historia en busca de hechos concretos que demostraran la enemiga del papa contra el Imperio alemán, salieron a relucir muchos episodios del tiempo de los Staufer, pero nadie se acordó de Canosa. Fue la historiografía de inspiración liberal la que convirtió este incidente en un símbolo de la ambición de dominio del papa, el cual sentía un maligno gozo en humillar bajo sus pies a un rey alemán.

Esto significa desconocer por completo, no sólo el espíritu de la Edad Media, sino también el curso de los acontecimientos. Si alguien salió victorioso en Canosa, seguro que no fue Gregorio VII. Hasta entonces el papa había sido dueño de la situación. Los príncipes alemanes se habían

sometido a su sentencia y habían depuesto al rey. Desde el momento en que el papa se reconciliaba con el rey, los príncipes pasaban a la condición de rebeldes. El papa se había colocado, pues, en una situación comprometidísima en todos los aspectos, y había dejado escapar de sus manos las riendas. Gregorio VII hubiera debido no ser Hildebrando, para no percatarse inmediatamente de ello.

El fin de Gregorio.

Los príncipes alemanes no hicieron caso de la absolución de Enrique IV. En el Reichstag de Forchheim, celebrado en marzo de 1077, eligieron a un nuevo rey, el duque Rodolfo de Suabia.

Los dos rivales se declararon la guerra. Gregorio VII se puso al lado de Rodolfo, y como no se viera el menor síntoma de que fueran a cumplirse las promesas hechas en Canosa, volvió a excomulgar a Enrique. Pero éste contaba aún con partidarios, y Rodolfo cayó en la batalla que los dos libraron. El nuevo pretendiente, Hermano de Salm, no pudo llevar adelante su causa. Enrique, ensoberbecido por el éxito, descargó sus iras contra el papa. En un sínodo celebrado en Brixen, se decretó la destitución de Gregorio y se nombró un antipapa, el arzobispo de Ravena, Wiberto, que tomó el nombre de Clemente III. Enrique IV marchó contra Italia, pero no pudo ocupar Roma hasta 1083, y hasta el año siguiente no cayó en su poder San Pedro y la ciudad leonina. Gregorio VII se hizo fuerte en el castillo de Santángelo. El excomulgado rey se hizo coronar emperador por su antipapa. Finalmente acudió Roberto Guiscardo con sus normandos, expulsó a los alemanes y liberó al papa. Pero los liberadores se portaron en la ciudad tan abominablemente, que las iras populares se volvieron contra Gregorio VII. Éste tuvo, pues, que marcharse con los normandos y se retiró a Salerno, donde murió el 25 de marzo de 1085. Según su biógrafo Pablo de Bernried, al morir recitó las palabras del salmo 44: «He amado la justicia y odiado la maldad», pero en vez de proseguir: «por esto Dios me ha ungido con el óleo de la alegría», terminó con las amargas palabras: «por esto muero en el destierro.»

Sin duda que en el momento de su muerte Gregorio VII vio demasiado negra la situación. Su descalabro exterior no significaba el fracaso de la gran obra de reforma. Ni siquiera la derrota exterior era tan grave como parecía. Después de su aventura romana, Enrique IV no era más poderoso que antes. En cambio, el prestigio moral del papado había ascendido de un modo increíble. Hay que pensar que apenas hacía veinte años que Enrique III había expulsado de la silla de san Pedro al indigno Benedicto IX, el muchacho Teofilacto. Ahora, a los ojos de toda la cristiandad, el amargado anciano que moría en Salerno, era realmente el vicario de Cristo en la tierra.

Los sucesores de Gregorio.

Después de la muerte de Gregorio, nadie quería ser papa. Por dos veces eligieron los cardenales al abad de Montecasio, Desiderio, pero éste no aceptó hasta la tercera. Inmediatamente de haber aceptado, ya pensaba en abdicar. Roma estaba medio destruida. El papa se encontraba sin recursos. No en vano algunos de los últimos papas habían conservado sus anteriores obispados: Clemente II, Bamberg; Víctor II, Eichstätt; Alejandro II, Luca, para tener algunas rentas que les permitieran vivir. Desiderio, o Víctor III, como al fin se llamó, como abad de Montecasio era rico, y llegó al extremo de prometer el pago de una renta al que quisiera librarle de la tiara. Esto era casi simonía, aunque en sentido inverso. Jamás hubo papa que lo fuera tan a disgusto. Sin embargo, Víctor III, que ya bajo Gregorio VII y sus predecesores había sido una columna de la reforma, no dejaba lugar a dudas de que pensaba seguir por el camino de Gregorio VII. Por desgracia, falleció en 1087.

Fue elegido otro benedictino, el francés Urbano II (1088-99). Había sido novicio en Cava y más tarde prior en Cluny. Gregorio VII le había llamado a Roma, dándole el título de cardenal. El historiador Gregorovio compara a Urbano II con Augusto y a Gregorio VII con César; la comparación sólo es exacta en cuanto la suerte de Urbano, como heredero, fue más feliz que la de su predecesor, con ser éste más grande que él. Pero en todo lo demás son dispares los nombres comparados, pues ni los más grandes papas medievales tuvieron nada en común con los fundadores de imperios o los soberanos temporales. Justamente Urbano II tuvo que residir la mayor parte del tiempo fuera de Roma, junto a los normandos o en Francia, porque la urbe estaba ocupada por el antipapa Clemente III. Urbano II hizo aún más rigurosa las disposiciones contra la simonía y la investidura laica. Excomulgó al rey de Francia Felipe I, que había repudiado a su mujer y raptado a otra. El rey se sometió, pero reincidió luego en su conducta y fue de nuevo excomulgado por Pascual II. Los españoles habían reconquistado en 1085 Toledo, la antigua capital del reino, y Urbano II devolvió el título de primado de España al obispo de aquella ciudad. Al conde Roger de Sicilia le dio aquella bula que, mal interpretada luego de intento o no por los reyes sicilianos, dio pie a las conocidas pretensiones de éstos sobre los estados de la Iglesia, bajo el nombre de *Monarchia Sicula*. Pero si Urbano II ocupa un lugar destacado en la historia universal, es sobre todo por haber dado vida al gran movimiento de las cruzadas. Por medio de una tropa de cruzados consiguió al fin, en 1095, expulsar de Roma al antipapa Clemente III.

Mientras Urbano II regía la Iglesia desde su alta atalaya y se ponía al frente de todos los soberanos europeos en el movimiento de las cruzadas,

Enrique IV residía casi olvidado en el norte de Italia, generalmente en Verona, siempre a la greña con las tropas de la marquesa Matilde. Esta fiel princesa, que apoyaba a Urbano II con la misma decisión con que había defendido a Gregorio VII, no había tenido empacho en casarse con el duque de Baviera, güelfo, que era veintisiete años más joven que ella, con el fin de ganarlo a la causa del papa. Hasta 1097 no regresó Enrique a Alemania. Consiguió todavía dominar la rebelión de su hijo mayor Conrado pero al final se alzó también contra él su segundo hijo Enrique quien le hizo prisionero y le forzó a abdicar. Poco después murió, sin que le hubiera sido levantada la excomuni6n.

Despu6s de Urbano II subi6 al solio pontificio otro benedictino, Pascual II (1099-1118). Bajo su largo y en general pacífico pontificado, la ciudad de Roma se repuso de las devastaciones de los últimos decenios y del descuido de los siglos últimos. Los arquitectos volvieron a entrar en actividad. En lugar de las viejas y decaídas basílicas, surgieron nuevas edificaciones, en parte conservadas hasta hoy: Santa María in Trastevere, San Cris6gono, San Clemente, Santos Cuatro Coronados. Los abundantes y tan graciosos campanarios románicos que constituyen uno de los rasgos característicos de Roma, pertenecen también al siglo XII, así como el agradable estilo decorativo para pavimentos, pulpitos y altares, con abundante utilizaci6n de mosaico, conocido con el nombre de estilo cosmatesco.

Fin de la lucha por las investiduras.

Quedaba aún por resolver el conflicto con el rey alemán sobre la investidura. Con los demás países no había sido difícil llegar a un *modus vivendi* aceptable por ambas partes. Con Francia en 1098 Urbano II había concertado un convenio, en virtud del cual el rey renunciaba a conferir el anillo y el báculo, o sea a nombrar a los obispos; en compensaci6n el papa le reconocía el derecho de confirmar los nombramientos efectuados por vía canónica e investir a los elegidos con los bienes anejos al cargo. En cambio, el nuevo rey alemán, Enrique V, no tenía la menor intenci6n de renunciar a sus pretensiones, a pesar de haber hecho al papa las más halagüeñas promesas, cuando no estaba aún seguro de su corona y necesitaba el apoyo de la Santa Sede. Pascual II estaba decidido a resolver a toda costa y de una vez para siempre el enfadoso conflicto. Cuando Enrique V vino a Roma para recibir la corona imperial, el papa propuso que los obispos renunciaran simplemente a poseer feudos del Imperio. En tal caso dejaban de ser vasallos del rey, y éste no tenía ya motivo para inmiscuirse en los asuntos eclesiásticos. Venía casi a ser lo que hoy llamaríamos una separaci6n de la Iglesia y del Estado. Pero semejante cosa era irrealizable en la Edad Media. La propuesta hacía honor al idealismo

del papa, pero demostraba también que éste, recién salido del claustro, no tenía idea alguna de cómo estaban las cosas en Alemania. Por consiguiente, los obispos alemanes rechazaron el proyecto con la mayor indignación, y en el sínodo celebrado en San Pedro se produjeron escenas tormentosas. En vista de ello, Enrique V acudió a los más expeditivos procedimientos: hizo prisionero al papa y le arrancó por la violencia el consentimiento a la investidura sin limitaciones. En cuanto Enrique hubo vuelto la espalda, el papa revocó la concesión a que se le había coaccionado. El emperador desanduvo el camino y sitió al papa en Roma. Durante la lucha murió Pascual II.

En su lugar fue elegido Gelasio II, un benedictino de Montecasino, que desde Gregorio VII venía a ser el quinto papa de la observancia cluniacense. Se retiró a Gaeta, huyendo del emperador, y cuando fue Enrique a asediarle también allí, lo excomulgó y huyó a Cluny. Allí falleció, un año apenas después de su elección.

El concordato de Worms.

De acuerdo con la tradición, la elección se hizo en el lugar donde había muerto el papa, o sea esta vez en el monasterio de Cluny. Pero no salió elegido un monje, sino el arzobispo de Vienne, un político de amplios horizontes, miembro de un linaje principesco, Calixto II. Este consiguió finalmente, tras largas negociaciones con Enrique V, concluir aquel tratado que se ha hecho famoso en la historia con el nombre de «Concordato de Worms». El emperador empezó prometiendo reparar en lo posible todos los daños patrimoniales que «desde el principio de esta disputa» hubieran sido inferidos a la Santa Sede por su padre o por él mismo. Para lo sucesivo prometía renunciar a la investidura y a permitir en todas las iglesias pertenecientes al Imperio la celebración de elecciones libres y canónicas para designar obispos y abades. Por su parte, el papa admitía que, dentro del territorio de la corona alemana, el rey pudiera asistir a las elecciones y, en caso de elección dudosa, se le concedía la decisión junto con el metropolitano de la provincia eclesiástica. Una vez efectuada la elección canónica, podía, en todos los territorios del Imperio, proceder a investir al electo con las regalías y las obligaciones a ellas anejas.

De este modo se puso fin a la lucha de las investiduras, a «la lucha» como por antonomasia se la llamaba en aquellos tiempos. ¿Cómo vamos a juzgar esta solución? ¿Fue mucho lo que ganó el papa, fue realmente el Concordato de Worms una victoria de la Iglesia? Durante decenios los papas tuvieron que soportar los mayores desafueros, declarar guerras, dictar excomuniones, todo para obtener que el rey alemán prometiera no investir a los obispos con las regalías hasta después de su elección, en lugar de hacerlo antes; y no hablemos de las posibilidades que le quedaban de

influir en la elección según sus conveniencias. ¿No fue la guerra de las investiduras uno de tantos conflictos entre la Iglesia y el Estado, en la que al final la Iglesia tiene que darse por contenta con salir lo menos mal librada posible?

Por de pronto, sería ya una inexactitud designar la lucha de las investiduras como un conflicto entre la Iglesia y el Estado. Concebir la Iglesia y el Estado como dos sociedades independientes, aunque en parte imbricadas la una con la otra, es un modo de pensar que no cuadra a la Edad Media. En la Edad Media había príncipes, no estados. La Iglesia necesitaba los príncipes, se apoyaba en ellos, les demostraba gratitud y les concedía privilegios. No podía tener el menor interés en humillar a los príncipes o en arrebatarles el mayor número posible de derechos. Lo que quería la Iglesia en el medievo, y lo que no cesó de reclamar después, es el derecho de atender libremente a las almas. Siempre que los príncipes veían en los obispos unos pastores, y no unos vasallos, su colaboración era bien venida para la Iglesia. Después de todo, los príncipes eran miembros de ella. A su modo, también ellos eran responsables de la salvación espiritual de sus súbditos. El programa de los cluniacenses había consistido, desde un principio, no en derribar o debilitar a los señores temporales, ni en hacer del mundo entero un estado eclesiástico, sino recordar a los príncipes los deberes religiosos que tenían con respecto a las almas de sus dependientes. Verdad es que uno de los primeros requisitos para cumplir con estos deberes, era no mantener a la Iglesia en un estado tal de sumisión que le imposibilitara el ejercicio de su ministerio pastoral. Esto es lo que se consiguió, no precisamente con componendas y tratados, sino gracias a que la idea había hecho presa en toda la cristiandad. En este sentido puede decirse que la guerra de las investiduras terminó con una victoria de la Iglesia, e incluso con una victoria esplendorosa, siempre que no se considere esencial a una victoria el hacer doblar la rodilla al enemigo. El símbolo de esta victoria no es Canosa, que no fue sino un episodio insignificante, sino el concordato de Worms.

En cierto sentido, la guerra de las investiduras significa el fin de la Edad Media bárbara. Príncipes y pueblos habían aprendido que por el camino del derecho se llega más lejos que por el de la fuerza bruta. No es que empezara entonces un estado de cosas ideal. No ha habido ninguno aún en toda la historia de la humanidad. Pero con el siglo XII empezó aquella singular comunidad de cultura de los pueblos cristianos, profundamente impregnada de espíritu eclesiástico, que aún hoy nos parece indisolublemente unida con la idea de la Edad Media, aquella Edad Media que tantas obras inmortales creó en la Iglesia y en el siglo.